

# NUEVAS RELACIONES QUE ALIENTAN Y PROTEGEN LA VIDA

Hna. Birgit Weiler, HMM\*

## Resumen:

En el presente artículo se reflexiona desde la ecología integral, el eje central de la encíclica *Laudato Si*, sobre el reto de tejer nuevas relaciones con la Tierra y entre nosotras y nosotros, de fomentar la noción y práctica del bien común y vivir una “conversión ecológica que es una revolución cultural” (LS 114).

\*\*\*

En la crisis ecológica y el cambio climático con todos sus impactos dañinos, se manifiesta la grave situación de nuestro mundo herido y la insostenibilidad de nuestro actual modo de vivir, producir y consumir,<sup>1</sup> pues está llevando los ecosistemas de nuestro planeta al borde del colapso. Por ello, muchos hablan de una crisis de civilización que requiere de un cambio radical de paradigma.

La ecología integral, el eje central en la encíclica *Laudato Si*, nos brinda muchas luces para percibir que los cambios necesarios exigen una nueva manera de relacionarnos con la Tierra, su

---

\* Hermana Misionera Médica y teóloga. Nació 1958 en Duisburg, Alemania. Desde 1988 vive en el Perú. Profesora de la Universidad Jesuita Antonio Ruiz de Montoya (Lima) y a cargo de la Dirección de Investigación e Incidencia. Colabora estrechamente con el Vicariato Apostólico de Jaén sobre todo en la pastoral con los pueblos Awajún y Wampis (Amazonía del Perú). Es asesora del Departamento de Justicia y Solidaridad (CELAM) y miembro de la Comisión de Justicia, Paz e Integridad de la Creación (CLAR).

<sup>1</sup> Retomamos en este artículo parte de las reflexiones sobre la encíclica *Laudato Si* publicadas en la revista *Intercambio* en el 2015.

gran biodiversidad y ecosistemas complejos, y con nuestro cuerpo que nos recuerda nuestro vínculo con la Tierra. También necesitamos de nuevas relaciones entre nosotras/os, como ciudadanas/os con los mismos derechos, conformando juntas/os en condiciones de igualdad, una sociedad con una gran diversidad de culturas y proyectos de vida. Ambos, la ecología profunda y el eco-feminismo han aportado conocimientos muy relevantes al respecto. Nos ayudan a tomar mayor conciencia de que en la Tierra todo está relacionado (cf. LS 92) nos impulsan a superar una manera dualista de percibir e interpretar la realidad, como se pone de manifiesto, por ejemplo en el dualismo entre materia y espíritu, cuerpo y alma, varón y mujer, naturaleza y cultura, etc.

Es completamente inadecuado y, por sus múltiples consecuencias negativas, peligroso, concebir la Tierra como un gran almacén o una fuente inagotable de recursos naturales renovables y no renovables, a la libre disposición de los seres humanos para explotarlos. Además, los explotan no sólo para satisfacer sus necesidades, sino también, sus deseos

de lucro y consumo desenfrenado de tantos productos superfluos.

La visión de la ecología integral, nos motiva a abrirnos con todo nuestro ser, (nuestros sentidos, nuestra racionalidad y afectividad) a tomar conciencia de que la Tierra, es un gran organismo vivo que merece nuestro asombro profundo, nuestra gratitud y compromiso firme de querer cuidarlo. Pues, tiene una historia larga de procesos evolutivos, en los cuales se generó esta red compleja y pluriforme de relaciones que hacen posible y sostienen la gran biodiversidad en nuestro planeta.

### La creación, un proyecto de amor de Dios

En la tradición judeocristiana la tierra y todo el cosmos, del cual la Tierra forma sólo una pequeña parte, es creación de Dios. Ésta “tiene que ver con un proyecto del amor de Dios donde cada criatura tiene un valor y un significado” (LS 76). Dios se nos comunica en su creación, llena de signos de su gran amor solícito, su ternura e insondable sabiduría. Esta percepción creyente del mundo, transforma nuestras relaciones con las otras criaturas. Nos lleva

a mirarlas con otros ojos; ellas no existen únicamente en función del ser humano y sus necesidades. No debemos considerarlas “como meros objetos sometidos a la arbitraria dominación humana” (LS 82). Nos urge superar una comprensión muy instrumental de los otros seres vivos, que se fija sobre todo y hasta exclusivamente, en la posible utilidad de ellos para los seres humanos y en su valor como mercancía. Pues los otros seres vivos tienen su valor propio. Reconocerlo implica actuar con mucho respeto, gran responsabilidad y cautela, teniendo muy presente que las relaciones vitales en la tierra se basan en la interdependencia e interconexión y requieren de una visión sistémica.

En consecuencia una intervención desproporcionada y violenta en este complejo tejido de vida puede tener múltiples efectos desastrosos a mediano y largo plazo, como se nos manifiesta en la alarmante desaparición de miles de especies vegetales y animales (cf. LS 33). Desde nuestra fe no podemos ser indiferentes al respecto;

nos toca contribuir con nuestras acciones cotidianas a generar una cultura cuidadosa de la vida en sus diferentes expresiones, conscientes de que cada especie cumple un rol en el conjunto de los ecosistemas, para su buen funcionamiento (cf. LS 34) generando y manteniendo la vida en la Tierra. Eso vale incluso para las especies que nos parecen menos significantes como lo son “los hongos, las algas, los gusanos, los insectos, los reptiles y la innumerable variedad de microorganismos” (LS 34).

### Cuidar la creación

El término y concepto teológico de “creación” nos recuerda que estamos llamadas/os a reconocernos y ubicarnos en relación con Dios, como criaturas que han recibido su vida como don gratuito del Creador<sup>2</sup> y a vivir en una “relación de reciprocidad responsable” (LS 67) y de “comunidad universal” (LS 76) con las otras criaturas. Pues no somos dueños de la Tierra; más bien, como lo recalca el Salmo 24, 2, de Dios “es la tierra y cuanto la llena”.

---

<sup>2</sup> Vale recalcar que Dios no es un Dios patriarcal; trasciende todas las categorías de género. En Gen 1, 28 hombre y mujer tienen la dignidad de ser creados a imagen de Dios y de vivir como tal (vocación y misión).

Dios nos ha confiado esta Tierra para cuidarla con responsabilidad, sabiduría y criterio ético (ética ecológica), contribuyendo a que la naturaleza pueda seguir evolucionando y desplegando su potencial. Somos llamadas/os a ser buenos administradores y custodios de la Tierra, de nuestra casa común y de cuanto la llena. Como el Papa Francisco lo reconoce en *Laudato Si* (cf. LS 68), el mandato bíblico de “dominar” la tierra, muchas veces fue malinterpretado, en una lectura muy sesgada e instrumentalizada para justificar una depredación desenfrenada de la tierra.

Una comprensión adecuada, respetuosa del sentido original de dicho texto, tiene que conectarse con la afirmación central en Génesis 1, 26 y 27, que “Dios creó al ser humano a su imagen; varón y mujer los creó.” Pues el ser humano tiene la vocación y misión de ser imagen de Dios y de vivir como tal, teniendo presente que Dios ama todo lo que ha creado (cf. Sb 11, 24). Por ello la persona humana tiene la responsabilidad de usar su capacidad reflexiva y creativa para actuar con inteligencia, previsión y precaución al intervenir en los ecosistemas complejos y, por esta misma ra-

zón, frágiles. Para una correcta interpretación del texto, hay que leer Génesis 1, 28 junto con Génesis 2, 7.15 que nos recuerda que somos tierra, llamadas/os a “cultivar y custodiar” la tierra en su conjunto. Por ello, como lo recalca el Papa Francisco, la Biblia correctamente entendida “no da lugar a un antropocentrismo despotico que se desentienda de las demás criaturas” (LS 68).

### “Todo está relacionado” (LS 92)

Las relaciones de interdependencia en la Tierra nos exigen una visión integral de los problemas ecológicos y sociales, pues “el ambiente humano y el ambiente natural se degradan juntos, y no podremos afrontar adecuadamente la degradación ambiental si no prestamos atención a causas que tienen que ver con la degradación humana y social” (LS 48). Los más afectados por esta doble degradación son “los más débiles del planeta” (LS 48), es decir las personas empobrecidas que no cuentan con los recursos necesarios para hacer valer sus derechos, protegerse eficazmente de los impactos negativos del cambio climático, así como, de los múltiples daños ecológicos y sus graves consecuencias en su salud.

Su vida está puesta en riesgo, se ven amenazados en su existencia y seguridad alimentaria. Hacer frente junto con ellos a estos riesgos, es una exigencia de nuestra solidaridad y opción preferencial por los pobres.

El hecho de que “todo está relacionado”, nos impulsa a preguntarnos por la raíz de la grave crisis ecológica que nos está afectando cada vez más en niveles alarmantes. En *Laudato Si* se identifica como raíz principal de dicha crisis el paradigma tecnocrático dominante, por el poder despótico que el ser humano muchas veces ejerce sobre la naturaleza, un poder que le da una tecnología muy avanzada (cf. LS 101,106-109).

La cuestión central está en el uso adecuado del poder. De ninguna manera se trata de una actitud hostil frente a la tecnología, más bien vale reconocer que ella ha “remediado innumerables males que dañaban y limitaban al ser humano” (LS 102) y es imprescindible para generar un desarrollo verdaderamente sostenible. Se aprecia una “tecnociencia bien orientada” (LS 103) y desarrollada con criterios éticos. Teniendo

presente que nunca antes en toda la historia de la humanidad el ser humano tuvo tanto poder como hoy gracias a la tecnología altamente desarrollada. El manejo adecuado de este poder, es una responsabilidad y un reto grande para tejer relaciones que promuevan y defiendan la vida.

### Fomentar el bien común

La ecología integral está estrechamente vinculada con “la noción de bien común” (LS 156)<sup>3</sup>. Para construir y fortalecer relaciones al servicio de la vida, es imprescindible que nos empeñemos en generar una cultura caracterizada por la búsqueda del bien común. Ello implica, esfuerzos continuos por lograr una vida digna para todas/os y no sólo para unos pocos. Diferencias sociales tan grandes como las tenemos en las sociedades latinoamericanas, ponen en peligro la paz social y afectan lo humano, tanto en las personas que gozan de altos ingresos y un estilo de vida correspondiente, sin que ello les mueva a una mayor solidaridad y justicia, como también, en las personas que viven en condiciones degradantes de pobreza.

---

<sup>3</sup> Es un principio fundamental en la Doctrina Social de la Iglesia.

En el actual contexto mundial urge generar a través de nuestros diferentes apostolados una mayor conciencia de que “la tierra es esencialmente una herencia común, cuyos frutos deben beneficiar a todas/os.” (LS 93) y promover una práctica coherente al respecto. Significa preguntarnos por el impacto de nuestro estilo de vida, en la vida de otras personas y de otros seres vivientes. También aprender a vivir con responsabilidad en relaciones de interdependencia a nivel micro y macro, empezando por nuestras comunidades. Ello requiere a la vez de un cambio radical en la manera de entender y practicar la economía. Impulsos valiosos para este cambio vienen de la economía solidaria y de la “economía del bien común”. Ambas surgen de la conciencia de que el actual modelo capitalista neoliberal no es sostenible desde el punto de vista social, ecológico y moral. Su crítica se refiere sobre todo al hecho de que en el capitalismo la meta principal es el aumento del capital, de la producción y productividad aun cuando ello implique enormes desigualdades en los ingresos: por ejemplo más de 700 millones de personas en nuestro

mundo viven en condiciones infrahumanas y sufren de hambre crónica<sup>4</sup>; millones de personas se ven obligadas a migrar por razones económicas y ecológicas; aumentan mucho los factores que dañan los ecosistemas y aceleran el cambio climático.

Los elementos imprescindibles para relaciones que fomenten una convivencia buena y democrática en las sociedades, como el respeto de los derechos humanos, la justicia y la sostenibilidad en sus diferentes dimensiones, no son por sí metas importantes para este sistema económico. Por el contrario, no pocas veces son considerados como obstáculos para lograr una mayor producción y ganancia. Lo muy criticable en el capitalismo es el hecho de que en general no percibe el capital como un medio al servicio del bien común. Pero según la doctrina social de la Iglesia, precisamente en ello consiste la finalidad de la actividad económica.

En los diferentes países de América Latina, han surgido iniciativas de la economía solidaria, así como de la economía del bien común, que promueven la coope-

<sup>4</sup> Según el informe de FAO de mayo del 2015, en el año 2014 a nivel mundial 795 millones de personas padecían de hambre.

ración en vez de la competencia, fomentan una agricultura orgánica, un comercio justo, la compra de productos generados en las regiones correspondientes (reducir el impacto ecológico) y una alimentación más saludable.

La visión del bien común, exige discernir a fondo qué entendemos bajo “desarrollo” y “progreso” y superar una definición muy cuestionable basada principalmente en los parámetros económicos: Pues esta comprensión deficiente nos ha llevado a la grave crisis ecológica y social que estamos padeciendo en la actualidad. Desde la fe cristiana un verdadero desarrollo implica una visión integral. Al respecto, los pueblos indígenas nos ofrecen con su concepción del Buen Vivir una visión integral de la vida.

La preocupación por el bien común nos sensibiliza al hecho de que el cambio climático pone en riesgo bienes vitales como lo son el aire, la tierra y el agua no contaminados. Éstos son bienes comunes. Por ello, cuidar el clima es una exigencia de responsabilidad y justicia para nosotras/os. Pues “el clima es un bien común, de todos y para todos” (LS 23).

Nuestra fe nos impulsa a empeñarnos en que esta Tierra siga siendo un espacio de vida y un lugar habitable para las generaciones presentes y futuras.

### Un estilo de vida profético y contemplativo

Nuestra fe en Dios, nos mueve a un estilo de vida profético y contemplativo en este momento crítico para toda la vida en la Tierra, nuestra casa común. Es parte imprescindible de la “conversión ecológica que es una “revolución cultural” (LS 114). Nos compromete a participar activamente en construir una “ciudadanía ecológica” (LS 211), necesaria para la transformación radical de la cultura predominante, y a fortalecer con nuestras acciones y medios financieros iniciativas de una economía basada en la preocupación por el bien común y la solidaridad entre nosotras/os, especialmente con los más pobres y con la Tierra empobrecida. Pues, la transformación cultural, requiere de nuestras acciones cotidianas como por ejemplo: reducir al máximo el uso de productos de plástico y papel, así como la generación de basura, practicar el reciclaje, impulsar el uso de energía gene-

rada con recursos renovables y junto con otros actores, defender la Amazonía como el sistema vivo más grande de nuestro planeta.

Afrontar el momento crítico e impulsar la “revolución cultural” es importante, así como, acoger con humildad y gratitud las riquezas espirituales también de las otras religiones y trabajar en alianza con todas las personas de

buena voluntad. El tejer nuevas relaciones que alienten y defiendan la vida, nos llama a vivir con gran apertura al Espíritu, aliento de vida, que sopla donde quiere, afina nuestros oídos para el gemido de la creación y transforma nuestros corazones, haciéndonos partícipes de su gran creatividad e impulsándonos a generar alternativas de vida.